

Un recordatorio y memorial

Alfred White Franklin

Los biólogos estudian al hombre como un organismo físico que existe en un mundo de dimensiones medibles (espacio-tiempo). Este organismo tiene la capacidad de adaptarse a los cambios de su ambiente, a los procesos de crecimiento, de desarrollo y de envejecimiento y a la enfermedad. El principal objetivo de la medicina ha sido el ayudar tanto en la adaptación como en la defensa.

La prevención a través de la higiene y la inmunización, los medicamentos, las extirpaciones y los reemplazamientos quirúrgicos han hecho contribuciones que han aumentado en complejidad y gastos, lo que decepcionó la esperanza de Beveridge (1949) de que el Servicio Nacional de Salud (y la rehabilitación, que entonces era una novedad) mejoraría la salud a tal grado que el Servicio se desvanecería.

El evitar y prevenir la enfermedad son objetivos respetables, la promoción de la salud también es un objetivo digno, pero es distinto. El Dr. Scott Williamson, la Dra. Innes Pearse y sus colegas diseñaron el experimento Peckham con el fin de estudiar el vivir saludablemente. Este libro constituye simultáneamente un recordatorio y un memorial de tal experimento.

Los diseñadores del experimento querían estudiar al *Homo sapiens* en su hábitat natural y empezaron su exploración como biólogos. En un club inicial de 150 familias notaron que las enfermedades, aunque fueran eficazmente tratadas, reincidían en el ambiente del que habían surgido. En 1935 diseñaron un laboratorio en el que los seres humanos pudieran ser observados mientras

crecían y formaban familias nuevas. El edificio del Centro, que fue construido con este propósito, combinaba la visibilidad máxima, la flexibilidad y el movimiento libre para todos sus miembros.

Para el comienzo de la II Guerra Mundial ya había entre 800-900 familias que habían aumentado su vida social. Después de la Guerra, cuando el Centro reabrió, regresaron muchas de las familias originales, el Centro cerró definitivamente en 1951, pero, mientras tanto, los observadores habían inventado un nuevo rol.

Mirando el vivir

La biología, ocupada con obtener datos cuantificables, era suficiente para el estudio de la existencia. El estudio del “vivir” necesitaba un nuevo tipo de observador: el bionomista, un especialista resuelto a evaluar la calidad de vida y a ayudar a “cultivar el potencial biológico inherente al individuo desde el comienzo de la vida”. Había nacido una nueva ciencia. El médico, vuelto bionomista, tenía duras tareas por aprender, meramente como observador, habría que deshacerse de autoridad e interferencia. Proporcionaría información cuando fuera requerida, pero su tarea estaría limitada a la observación de los patrones de acción y de las interacciones de la familia viviendo en su ambiente como un todo funcional.

El médico ya no estaba buscando por medio del examen físico y del historial evidencias de enfermedad. Sin embargo, el cómo reconocer los signos y los síntomas de la salud permaneció siendo un misterio al principio.

De modo gradual, los bionomistas desarrollaron recursos y entendimiento, posteriormente una teoría y, finalmente, una hipótesis anatómica, debido a que no se pudieron quitar del todo los grilletes de la disciplina intelectual.

Reseña: Pearse, Innes H. *The Quality of Life: The Peckham Approach to Human Ethology*. Scottish Academic Press, pp 194, 1979; £6 50 (1977)
Originalmente publicada en el *British Medical Journal* 1980, Núm. 280, pp. 851-855

La única condición para las familias miembro era una revisión médica periódica. De acuerdo al estricto criterio utilizado, el 90% de los 4,002 individuos tenía una condición patológica de la cual dos tercios no estaban conscientes (debido al enmascaramiento ocurrido por el proceso de compensación). El punto de partida para las principales observaciones de los bionomistas era la formación de nuevos matrimonios, su desarrollo como pareja, el embarazo, el nacimiento, el desarrollo subsecuente del bebé y las interacciones familiares conforme se desarrollaba la familia. Además, se observaban y registraban las interacciones entre los miembros individuales de las familias y otros de la comunidad experimental y entre una familia y las otras.

En algún punto del camino enraizaron ciertas ideas fundamentales: el deseo y la disposición de asumir responsabilidades se pensaba que eran vitales aunque fácilmente socavadas por interferencia y dirección externa. Debido a que la unidad básica de la comunidad era la familia, se reflexionó mucho sobre la preparación para y el manejo del parto. La necesidad preeminente eran condiciones ambientales apropiadas para que las funciones de crianza de los padres pudieran desarrollarse espontáneamente (uno de los incentivos más poderosos del vivir). El resultado fue el parto natural con un uso mínimo de medicamentos y la aprobación de Sir William Gillat de una admisión hospitalaria obstétrica de 48 horas. Por otro lado, la futura madre se preparaba emocionalmente a través de relacionarse con madres jóvenes y sus bebés en el centro. Los bionomistas veían a cada familia con el potencial para criar al bebé y a cada bebé con el potencial de desarrollar sus capacidades (en caso de existir las condiciones favorables).

Los frutos de la observación proporcionada al intelecto son hipótesis, el estudio de la calidad de vida y la formación de ideas necesita un nuevo vocabulario para su expresión y discusión.

El bebé tiene la capacidad de ejercer una facultad y un momento apropiado para este desarrollo (una fase apetitiva). El recién nacido tiene la capacidad tanto de ingerir como de digerir alimentos, sin embargo, a pesar de que la capacidad está ahí, el

bebé tiene que aprender por medio de la experiencia a traducir la capacidad en facultad. Ni la ingestión, ni la digestión pueden ser descartadas como actos automáticos porque son facultades del desarrollo sensibles, fácilmente afectadas por medio de la comida “incorrecta” y el mal manejo de la madre y el bebé.

Este mismo enfoque es apropiado para el aprendizaje posterior. En el centro, donde los instrumentos para los pasatiempos siempre estaban a la mano, se observó que era típico que un niño se entusiasmara de pronto por una pieza que hasta entonces había ignorado (como una bicicleta o unos patines). Este nuevo y repentino interés producía un estado cercano al éxtasis y durante los siguientes diez o más días el niño se concentraba en la nueva adquisición. Tan de repente como había surgido, el interés desaparecía. En un momento posterior, cuando el instrumento era usado otra vez, el niño tenía un mejor dominio sobre el objeto que cuando había sido abandonado. La fase apetitiva (cuando permitida) había producido una facultización espontánea, lo que constituye aquí una lección para la enseñanza y el aprendizaje.

En un ambiente rico, tanto materialmente como en oportunidades, para la interacción emocional y social, se desarrollaron intereses y habilidades nunca antes pensadas, además, las familias adquirieron confianza en su capacidad para actuar de manera razonable. Se trataba de una sociedad permisiva, pero en contraste con el resto del mundo, era una sociedad con disciplina interna, en donde la fase apetitiva no terminaba en frustración, sino en la oportunidad para la facultización.

En la búsqueda de la fuente del comportamiento humano se reconocieron otras facultades: la eclectividad y una fuerza motriz: la *aesthesia*. Como otras facultades, la eclectividad, es decir, la capacidad de elegir “lo que es específicamente apropiado a la necesidad presente específica del individuo”, nada más es cuestión de práctica, pero la oportunidad de elegir debe ser proporcionada desde los primeros momentos de la vida porque la importancia de “los sentimientos” en la determinación de las acciones humanas no puede ser negada.

La respuesta a los sentidos, a lo que es recibido de afuera, ha sido ampliamente estudiada. Sin embargo, los sentimientos originados adentro necesitan un nuevo concepto y, de ser posible, un mapa de senderos de comunicación dentro del cuerpo, desde su punto de origen. El Dr. Scott Williamson llamó a esta fuerza *aesthesia* y sugirió que el saco embrionario brindaba el circuito, “el antecedente de la membrana mucosa del intestino”.

Un grupo de estudio entusiasta

Incluso si no se acepta la teoría explicativa, las observaciones registradas y la discusión de su significado son aportaciones valiosas al estudio del comportamiento humano y a la necesidad de los individuos y de las familias de un desarrollo saludable dentro de una sociedad con orden (más no *ordenada*).

El entusiasmo de los observadores y los observados salta de las páginas, es un tanto como el Jardín del Edén antes del incidente desafortunado con la manzana. Si la calidad de vida ha de asegurarse en términos de un desarrollo completo de las potencialidades humanas, surgen varias preguntas. A pesar de que se habla mucho de “integridad”, se trata de la integridad circunscrita de un individuo, dentro de una familia, dentro de la comunidad Peckham.

En el mundo fuera de la comunidad Peckham el potencial humano para la agresión y la violencia es tan evidente como el potencial para la creación artística. ¿Pueden ser desechados los conceptos del bien y del mal? ¿Es el bien sólo lo que está de

acuerdo con el interés de la comunidad entera o es que hay otra dimensión espiritual que con el fin de mejorar la calidad de vida ignoramos a nuestro propio riesgo?

Los biólogos y los bionomistas no son teólogos, pero: ¿No recuerda la preocupación de un individuo por el desarrollo completo de su potencial al egocentrismo del pecado original? ¿Es el entusiasmo de un grupo por un objetivo común (en Peckham el estudio de la salud) suficiente para dirigir a las familias a “buenos” fines? ¿Existe algún modo en el que las observaciones del Peckham nos pudieran ayudar a entender y resolver los problemas de, por ejemplo, los barrios urbanos? Sin duda, este libro nos muestra el poder de la comunidad, de un propósito, de la importancia de la participación y de la oportunidad de elegir en el desarrollo de un comportamiento responsable dentro de las familias y de la comunidad, así como también la necesidad del enriquecimiento del ambiente de la vida humana.

Hablamos de las ciencias de la vida y del arte de vivir, el experimento Peckham para la promoción de la salud ha hecho un estudio científico serio del vivir con sus muchas variables y relaciones personales. La difunta Dra. Innes Pearse presentó en representación de sus colegas un nuevo vocabulario y un nuevo método que nos motivaría e inspiraría para aportar más a las ciencias de la vida, quizá las más importantes si el *Homo sapiens* ha de sobrevivir: la ciencia del vivir. Los biólogos y los bionomistas pueden necesitar apoyo para estudios posteriores.



Medicina Social
Salud Para Todos